

Causa perdida. Vicente T. Mendoza y la investigación folklórica en México, 1926-1964

Lost cause. Vicente T. Mendoza and folk research in México, 1926-1964

Jesús Márquez Carrillo*

RESUMEN

El presente artículo explora la relación de Vicente T. Mendoza con la investigación folklórica y el nacionalismo mexicano, destacando cómo su eminente y valiosa contribución académica no fue valorada por el Estado, puesto que el ciclo de la invención popular nacionalista había concluido (1920-1940) en un nacionalismo “rastacuero” y trivial, poblado de imágenes petrificadas. Al contrario, la investigación folklórica de Vicente T. Mendoza apelaba a la diferencia, en momentos que México transitaba por la unidad nacional y estereotipos definidos. Por eso, pese a su trayectoria y profesionalismo, si sobrevivió, fue por el reconocimiento y apoyo de Manuel Toussaint en el IIE- UNAM.

ABSTRACT

This article explores the relationship of Vincent T. Mendoza with the research of folk and Mexican nationalism, highlighting how its eminent and valuable academic contribution was not valued by the state, since the cycle of nationalist popular invention ended (1920-1940) in a nationalism “rastacuero” (nouveau riche?) and trivial, filled with petrified images.

On the contrary, the folk research Vicente T. Mendoza appealed to the difference in time when Mexico was moving on, national unity and stereotypes defined. So, despite their expertise and professionalism, if he survived, it was because of the recognition and support of Manuel Toussaint at the iie- unam.

Palabras clave: Vicente T Mendoza, nacionalismo mexicano, Estado, investigación folklórica, nacionalidad.

Keywords: *Vicente T Mendoza, Mexican nationalism, State, folk research, nationality.*

El 27 de octubre de 1964, falleció en la ciudad de México Vicente T. Mendoza, quien desde 1939 trabajara en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y entre 1948 y 1954 fuera maestro de la Escuela Nacional de Música, donde impartió un curso de cuatro horas sobre la *Investigación del Folklore Musical Mexicano*.¹ Su deceso fue motivo de duelo en los medios académicos naciona-

* Historiador, doctor en Educación. Ponente en foros nacionales e internacionales, conferenciante y colaborador de la prensa, la radio y la televisión. Autor de ocho libros y numerosos artículos sobre distintos aspectos de la historia política, social y cultural de Puebla. Su campo y líneas de trabajo son la enseñanza de la historia: aspectos teóricos y metodológicos, la historia de la educación superior en México y en Puebla, y la historia social de las imágenes. Es Profesor investigador de tiempo Completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

1. Comúnmente se menciona que Vicente T. Mendoza ingresó al Instituto en 1936, pero su expediente señala que esto

les y extranjeros. Opiniones de España, Argentina, Perú, Panamá, Estados Unidos, Brasil, Chile, Portugal, Bélgica e Italia —y las propias de los investigadores mexicanos— ponderaron sus valiosos aportes a “la investigación sistemática del folklore” (Anaya Monroy, 1971: 9-14). Para Justino Fernández, Vicente T. Mendoza “supo ser maestro dentro y fuera de la cátedra... Su obra, amplia y oportuna, tiene lugar de excepción en la cultura nacional e internacional” (Fernández, 1971: 7). Gabriel Moedano Navarro, su colaborador y amigo, alcanzó a registrar 18 libros publicados, 3 inéditos, 4 incompletos y alrededor de 400 artículos hemerográficos y reseñas.² Sin duda, la vida y la obra del “hombre poliédrico” —como lo llamara Ibarra— es digna de un cuidadoso estudio. (Ibarra, 1944: 12). Trabajos como los de Clara Meierovich o Gabriel Moedano profundizan en varios e importantes aspectos y, asimismo, abren distintas vetas (Moedano Navarro, 1971: 3-55; 1976: 258-316; 1976a; Meierovich, 1995). En este artículo sólo me interesa explorar la relación de Vicente T. Mendoza con el nacionalismo mexicano y la investigación folklórica.

CULTURA POPULAR Y NACIONALISMO

Hacia finales del siglo XVIII aparece una nueva sensibilidad, la sensibilidad romántica que, además de exaltar los afectos y la imaginación, se propone comprender la característica colectiva de un pueblo, capaz de producir por sí mismo obras de calidad excelsa en donde se puede explorar el misterio de las cosas y el significado más profundo de su pensar, sentir, decir y hacer: lo popular se convierte en distinción y signo de los nuevos tiempos (Bollème, 1990: 145-157; Bowra, 1972: 13-22; Sierra Alonso, 2000: 34-38).

Si nos falta un pueblo, escribió Herder (1744-1803), carecemos también de un público, una nación, una lengua y una literatura que sean nuestros... Escribiremos... para eruditos retraídos y críticos remilgados..., escribiremos romances, odas, poemas heroicos, cantos eclesiásticos y hogareños que nadie entenderá, ni deseará, ni sentirá. Nuestra literatura clásica es... toda elevación, pero nunca pisa el suelo alemán (*Apud*. Sarlo, 1980: viii).

Su propuesta era que tradiciones e instituciones debían ser comprendidas como el espíritu de un alma colectiva (*Volkgeist*), que se expresaba tanto en la literatura como en la sabiduría popular y que condensada en una lengua común y cierta comunidad de tradiciones históricas daba pie a la nación.

Durante el siglo XIX, el análisis de los valores estéticos y morales de las obras de origen popular y su persistencia a través del tiempo afianzó la fe en la obra anónima como pauta de lo autóctono y nacional, y para destacar los rasgos de lo regional y típico, de lo caracterizador y único de cada grupo humano los románticos se valieron de lo que parecía como más incitante y llamativo en su medio. Así nacieron los estereotipos, derivados del costumbrismo y el exotismo, pero también el culto a los héroes (Cortazar, 1964: 68-69). El propósito era hacer de las tradiciones populares y la historia misma un potente instrumento en manos de las élites para construir o reforzar identidades colectivas, que da-

ocurrió el 1 de septiembre de 1937, fue contratado para la “exploración de la música del Valle del Mezquital”. Luego, por un acuerdo del rector (30A/1938) se le suspende “en vista de la difícil situación económica porque atraviesa la Universidad” y es con Manuel Toussaint cuando definitivamente entra a dicha dependencia, a partir del 16 de febrero de 1939. “Mendoza Gutiérrez, Vicente T.” AHUNAM Fdo. Expedientes de Personal. MEGV 940127, exp. 112/ 131/4861, fs. 46, 70-71.

2. La cifra es de Moedano Navarro, 1976, p. 295. Una lista completa de 355 fichas, en: Moedano Navarro, 1971: 30-45.

rían forma a los conceptos modernos de Estado, nación y pueblo. Al recordar algunos pasajes de la historia y exaltar determinadas costumbres no sólo se dio sustento a ciertas identidades colectivas asociadas con los estados nacionales, sino que, al promover desde el poder político un “patriotismo popular emocional”, también se engendró el nacionalismo (Márquez Carrillo, 2003: 127-128; Hayes, 1966: 7-14). La invención de naciones y de identidades colectivas en el siglo XIX “no se apoyó sólo en la historia sino que se reforzó con estudios lingüísticos y folclóricos que reinventaron desde una perspectiva de las elites una supuesta cultura popular considerada característica”.³ Tanto en Inglaterra, Alemania, Francia o los países escandinavos la investigación folklórica tuvo, entonces, un auge inusitado: habría que desentrañar lo genuino y representativo de cada pueblo-Estado-nación.

NACIONALISMO E INVESTIGACIÓN FOLKLÓRICA EN MÉXICO

En nuestro país, durante la primera mitad del siglo XIX se desarrolló la sensibilidad romántica (Brushwood, 1973: 152-170). Pero debido a los conflictos políticos, ello no desembocó en alguna suerte de cultura e identidad nacionales, si bien desde las postrimerías del siglo XVIII y sobre todo en la primera República hubo cierta voluntad política para crear espacios destinados a recuperar y ordenar una memoria mexicana a la medida de una nación que se pretendía “independiente, autónoma y dedicada a la persecución del bien común de sus pobladores” (Florescano, 1987: 307; Vázquez León, 2003: 112-113). Hasta antes de 1867, las artes, la historia nacional y el periodismo se utilizaron para atacar o defender una postura política (Batis, 1963: 60-61). Fue precisamente al triunfo de la República cuando una generación de intelectuales y artistas se unió a la ideología y el proyecto político del grupo liberal y se propuso definir “lo mexicano” (Moreno Rivas, 1986: 43). Para este grupo, una vez derrotados los conservadores en el campo de batalla, el arte debía estar comprometido con las causas del Estado; a través de la cultura se podría modelar una conciencia colectiva y establecer las bases políticas e ideológicas de la República. Por eso, durante la época restaurada (1867-1876) se generó un movimiento nacionalista que abarcó las letras, las manifestaciones plásticas, la música, la historia y hasta la elaboración de libros escolares. (Maciel, 1984: 95-121). Todo indica que en las últimas décadas del siglo XIX el empeño de los liberales por establecer el arte nacionalista había triunfado, que en los albores del siglo XX, la producción artística conectada con los temas y las tendencias nacionalistas ya mostraba su evolución definitiva que, desde entonces, el problema no estaría tanto en la temática, sino en la perspectiva y en los fines que le fuesen asignados y también en el horizonte desde el cual se concibiese el desarrollo, la investigación y la difusión de la cultura popular y tradicional, sea para mostrar un mundo diverso o para fortalecer determinados estereotipos de una región o nacionales.⁴

3. Sierra Alonso, 2000: A fin de cuentas, “el nacionalismo no es lo que parece, pero sobre todo no es lo que a él le parece ser. Las culturas cuya resurrección y defensa se arroga son frecuentemente de su propia invención, cuando no son culturas modificadas hasta llegar a ser completamente irreconocibles”. Gellner, 1991, p. 81. El nacionalismo es, en este sentido, una ficción constituida históricamente, un artefacto cultural con fines específicos, cuyo carácter instrumental depende de las élites educadas, pues son éstas las que lo inventan. En este sentido, los Estados-nación son producto de deliberadas políticas de construcción nacional, “adoptadas por los Estados para difundir y fortalecer un sentido de la pertenencia nacional. De hecho, quizá sea mejor “describirlos como ‘Estados en construcción nacional’ o ‘Estados nacionalizadores’ más que como ‘Estados-nación’”. Kymlicka y Straehle: <http://www.xtec.net/~asarsane/Article15.htm>.

4. Ramírez, 1986: 128; Rodríguez García, 1996: 85-86. En realidad, muchos de los modelos y arquetipos que hoy son considerados parte esencial de la identidad mexicana se encuentran en la producción artística del siglo XIX. Barajas Durán, 2002: 158-159, 172.

Si en la República restaurada, los artistas se pronunciaron a favor de una producción cívica y patriótica de resonancias populares, esto no derivó en un afán intelectual por investigar el “espíritu del alma colectiva”, como había sucedido en Alemania, Inglaterra o los países escandinavos. Para 1885 Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) denunció la negligencia y el desconocimiento de la “sabiduría popular”, es decir, “la expresión de los sentimientos del pueblo en forma de leyendas o cuentos, y particularmente en coplas o cantarcillos anónimos” (*Apud*. Meierovich, 1995: 86). Su interés, sin embargo, no era ajeno al surgimiento —a principios del siglo— de una nueva disciplina preocupada por el estudio científico de la sabiduría popular y tradicional de los grupos humanos: el Folklore (Mendoza, 1953: 82; Mendoza, 1958: 14-19).

Durante la última década del siglo XIX, el estudio del folklore comenzó a ser bien visto en México, pero sólo se introdujo en las aulas a partir de 1906. En ese año, el doctor Nicolás León incorporó a la clase de etnología que dictaba en el Museo Nacional desde hacía tres años, los conocimientos de la nueva disciplina: escribió para ello un folleto donde se señala su desarrollo en Europa y la forma de agrupar a la materia folklórica, según el sistema propuesto por la London Society, cuya escuela, desde una mirada antropológica y psicológica, trataba de develar la identidad de los procesos del espíritu humano (Mendoza, 1953: 84-86; Mendoza, 1958: 23; Piña Chan, 1978: 323; Moedano, 1976: 258-259).

Este empeño se enlazó con las nuevas tendencias en la investigación antropológica, la cual, en cierto modo, rompía con las ideas filosóficas y educativas del régimen porfirista: el positivismo y su idea de progreso.

En 1892, el gobierno mexicano organizó en Madrid una magna exposición de antigüedades mexicanas; ésta ayudó para que los gobiernos de Alemania, Francia y Estados Unidos se decidieran por establecer en nuestro país la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, que abrió sus puertas en enero de 1911 (Piña Chan, 1978: 323; Rodríguez García, 1996: 85-86). La escuela tuvo entre sus profesores a Franz Boas (1858-1942), un destacado antropólogo norteamericano que con su teoría del relativismo cultural influyó en la comunidad académica del mundo para concebir que el hombre sólo podía entenderse a condición de estudiar su cultura, su lengua, su constitución física y su pasado, sin presuponer el desarrollo lineal y único de las sociedades hacia un mismo objetivo. De ahí su afán por estudiar en México la persistencia de la cultura indígena frente a la influencia española y el papel que le concedería a la investigación folklórica (Peña, 1996: 44-48).

Aparentemente Boas y su equipo no comprendieron la dimensión del movimiento armado y los nuevos derroteros que tendría el folklore. Copartícipe del movimiento nacionalista que en pro de “nuestra cultura y nuestro espíritu” iniciara hacia 1910 el Ateneo de la Juventud, en los años 1913-1915, Pedro Henríquez Ureña abriría en la Universidad Nacional una cátedra de folklore, teniendo entre sus alumnos a Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y a Alberto Vázquez del Mercado (Mendoza, 1957: 39). Luego, en 1914 y en 1916, se fundarían sociedades folklóricas con individuos destacados en la investigación y el rescate de las “raíces populares”, entre ellos Manuel M. Ponce, Rubén M. Campos, Elías Amador y Miguel O. de Mendizábal.⁵ El interés por el folklore, sin embargo, comenzaba a ser distinto al impulsado por Nicolás León o Franz

5. Malmström, 1977: 53-54; Mendoza, 1953: 86-89; Meierovich, 1995: 170-171. Una crítica a Ponce y su idea de la canción popular de México en: Henríquez Ureña, 1984: 359-361.

Boas; lo que ahora más bien se buscaba era fortalecer el discurso revolucionario y, en consecuencia, una política cultural de Estado, misma que daría pie al surgimiento de la Escuela Mexicana de Antropología y a otra manera de concebir la investigación folklórica.

En 1916, Manuel Gamio (1883-1960), auxiliar de investigación de Nicolás León y alumno de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, publicó su libro *Forjando Patria*. En éste, aunque desarrolla algunas ideas planteadas por Boas, al precisar su concepto de nación acepta la idea positivista de progreso y rechaza las premisas básicas del relativismo cultural. Según Gamio, la nación es un tipo superior de unidad espiritual que debe ser construida mediante la aplicación de leyes científicas. Por eso, si bien no se debe imponer una sola visión a las diferentes áreas culturales que la forman y, por el contrario, cada una de ellas debe llevar su propio ritmo hasta que en algún momento lleguen a semejarse, en el proceso mismo de su hechura, la antropología y otras disciplinas afines son instrumentos claves para conseguir el objetivo último, que es la incorporación de las culturas tradicionales e indígenas a la nación mexicana (Peña, 1996: 61-62).

Las ideas de Gamio cayeron en campo fértil. En 1917 fue nombrado director de Antropología en la Secretaría de Agricultura y Fomento, desde donde, alentado por Boas, elaboró un ambicioso plan para el estudio de las diferentes “poblaciones culturales”, mismo que dos años más tarde se convertiría en la política oficial del régimen, y ya en las siguientes décadas fundamentaría la idea de que mediante la formulación y aplicación de políticas emanadas del Estado, la sociedad puede cambiar y es capaz de producir un hombre nuevo (Florescano, 2004: 4; Peña, 1996: 61-62).

Al principio, entre 1919-1920, distintos grupos no sólo promueven investigaciones para conocer, preservar y apoyar a las artesanías populares, sino también se da paso a la publicación de revistas como *México Antiguo* y *Ethnos*, dedicadas al conocimiento y difusión del folclore (Mendoza, 1953: 90; Florescano, 2004: 6). Igual, en el ánimo de políticos, artistas e intelectuales se palpa un interés por lo mexicano y las formas de expresarlo; temática ésta que, entre 1920-1924, gracias a las “aspiraciones educativas de la Revolución” y al trabajo de José Vasconcelos como rector de la Universidad y más tarde Secretario de Educación Pública, se convertirá en una política cultural de Estado. No es casual que en ese tiempo las artes populares experimenten una valoración que las eleva al rango de creaciones representativas del alma popular y la identidad nacional. Tampoco lo es el establecimiento, en la Secretaría de Educación Pública, del Departamento de Música y Folklore, con la encomienda —entre otras— de recoger y estudiar las manifestaciones culturales de los grupos mestizos e indígenas, pero también de educarlos, o mejor, de incorporarlos a la cultura occidental, según se vería en la escuela rural mexicana y en las misiones culturales.⁶

Sobre esta base, se le asigna a la investigación folklórica el papel de contribuir al desarrollo y el fortalecimiento de la nación y se considera que uno de sus compromisos es elevar la sabiduría popular y tradicional de los mexicanos a un estadio cultural superior. Para Manuel M. Ponce, Rubén M. Campos y quienes con ellos realizan investigaciones de este tipo en la Secretaría de Educación Pú-

6. Malmström, 1977: 62; Florescano, 2004: 5; *México. Cien años*, 2001: 144-145. Entre 1920 y 1940, la incorporación del indio a la civilización es coercitiva, se le prohíbe el uso de las lenguas vernáculas y signos de identidad como la indumentaria. Aguirre Beltrán, 1994: 8-9, 119-120.

blica y otras dependencias del gobierno, el músico o el hombre de letras debe mostrarle al pueblo

lo que es bello de su propia producción escogida y ennoblecida por la percepción del artista y su apreciación justa [...] Si la melodía es bella, considerada con el criterio estético del artista... y la presentamos en su desnudez original... no dejará de ser bella, pero causará piedad por no haber sido presentada con el atavío del arte, grato al hombre culto (Campos, 1974: 13-14).

Fue precisamente este afán el que llevó a la clase media ilustrada de provincia y a los artistas e intelectuales de la ciudad de México a promover el nacionalismo cultural como una forma de educar a las masas, de proporcionarles una identidad propia. Sin abandonar la idea de que ser mexicano significaba volverse moderno, se comenzó a exaltar el pasado prehispánico y a retomar los valores regionales, las artesanías, los trajes típicos, el lenguaje popular y las canciones: a inventar y difundir los elementos “más granados de la mexicanidad” (Carreño King, 2000: 17).

En este mismo ánimo, los maestros y el personal de las misiones culturales y de las escuelas normales rurales actuaron como infantería del movimiento nacionalista, pues se dedicaron a la recolección de material folklórico (transcribieron danzas, canciones, cuentos, leyendas, corridos) que más tarde, en los años treinta, serviría no sólo para hacer festivales cívicos, sino también para conformar la cultura nacional de los maestros. El resultado fue que niños de habla náhuatl, en Tlaxcala, conocieron la danza yaqui del Venado, y niños tarahumaras aprendieron al jarabe tapatío... En el propósito de configurar una cultura nacional, la Secretaría de Educación Pública se apropió y reelaboró símbolos, objetos y artefactos de uso diario, elevándolos a lo característico de tal o cual región.⁷

Mientras en los medios intelectuales y artísticos se daban discusiones filosóficas sobre la identidad y la naturaleza de los mexicanos, los medios de comunicación de masas (teatro, prensa, radio, cine) difundían intensamente estilos, formas de vida y valores que hacían referencia a los lugares comunes del carácter del mexicano. Entre 1920 y 1940, el nacionalismo cultural puso en circulación, un sin fin de estereotipos —ya establecidos en el siglo XIX— e instauró sus rasgos definitorios: el charro, el tequila, la china poblana o el jarabe tapatío se convirtieron en los campos más socorridos, pero no en las únicas las señales mexicanas de identidad (Carreño King, 2000: 17-19; Barajas Durán, 2002: 158-159, 172).

En estas condiciones, el interés por descubrir la diversidad geográfica, social y cultural del país, no entró en los planes de la investigación folklórica patrocinada por el Estado y aun los artistas comprometidos con el discurso revolucionario. Como bien observa Vicente T. Mendoza, refiriéndose a los congresos nacionales de música que se llevaron a cabo en 1926 y 1928, el “folklore era utilizado únicamente como escalón para llegar al nacionalismo musical” (Mendoza, 1953: 96). En la década de 1930-1940, sin embargo, frente al empeño por asignarle al folklore un carácter instrumental, se fue perfilando una época que se refleja en: 1) el surgimiento de revistas especializadas o que dan cabida a artículos relacionados con esta disciplina (vgr. *El México Antiguo*, *Mexican Folkways*, *Revista de Investigaciones Lingüísticas, Música. Revista mexicana o Neza*); 2) el despliegue

7. Vaughan, 2000: 81-83; Pérez Montfort, 1990; Meierovich, 1995: 107-108. Sobre la destrucción del indio y la apropiación de sus símbolos étnicos, Aguirre Beltrán, 1994: 37-39.

de conferencias para un público no necesariamente especializado y, 3) la aparición de algunos centros u organizaciones (Sociedad Folklórica de México, Instituto Mexicano de Musicología y Folklore, etc.) que se proponen dar al folklore un carácter académico o, si se prefiere, menos utilitario (Mendoza, 1953: 97-105; Moedano, 1976: 263-264). Todo esto, gracias al empeño de personas e instituciones interesadas en rescatar, investigar y difundir la cultura popular tradicional y en organizar su estudio. Vicente T. Mendoza destaca en este grupo: es el portaestandarte de la investigación folklórica durante tres décadas.

VICENTE TEÓDULO MENDOZA Y LA INVESTIGACIÓN FOLKLÓRICA

Vicente Teódulo Mendoza Gutiérrez, nace en Cholula, Puebla, el 27 de enero de 1894. Desde pequeño toma clases música y piano con su padre. Posteriormente se traslada a la ciudad de México y se inicia en el aprendizaje teórico y práctico de la música: de 1909 a 1911, música y piano en la Academia de Bellas Artes; de 1914 a 1916, teoría musical, piano, solfeo, conjuntos vocales, armonía, francés y literatura, en el Conservatorio Nacional de Música y, nuevamente, técnica del dibujo de copia, al yeso y al desnudo en la misma Academia. En el lapso de 1913 a 1925 toma clases particulares con el profesor Julián Carrillo y se dedica por su cuenta a estudiar composición e instrumentación. Siendo joven, en 1915, participa en los coros de la Compañía Impulsora de Ópera y, a principios de los años veinte se estrena como pianista en el cine mudo (Ibarra, 1944: 13; Moedano, 1976: 264; Meirerovich, 1995: 20-25).

Las necesidades económicas de su familia lo llevan desde 1912 a emplearse como dibujante topógrafo en la Secretaría de Fomento (1912-1925) y la Comisión Nacional de Irrigación (1926-1927), donde —a tono con el nacionalismo cultural— inicia sus trabajos de recolección folklórica. Precisamente en 1925-26, al recolectar una treintena de cantos en Michoacán, define la tarea que le será propia hasta el fin de sus días, la investigación folklórica. Luego, en 1929 lo contratan como ayudante de la Academia de Investigación de Música Mexicana en el Conservatorio Nacional y empieza su carrera de docente e investigador profesional en esta disciplina.⁸

Si tomamos en cuenta el ambiente de la época, es de señalar que cuando en 1929 se introduce la investigación musical en el Conservatorio, se encuentran en pugna dos tendencias o corrientes nacionalistas, la encabezada por Manuel M. Ponce, que busca dignificar las propuestas sonoras del pueblo y utilizar el material del folklore en la edificación de un arte propio y la de Carlos Chávez, que se propone captar sólo su espíritu y pulir una expresión artística que refleje la esencia de lo indígena.⁹ Antes de 1929, Mendoza había sido partidario del nacionalismo que enarbolaba el grupo de Manuel M. Ponce, Alba Herrera y Ogazón, Estanislao Mejía, Jesús C. Romero y Rodolfo Usigli, tanto que en el Primero y en el Segundo Congreso Nacionales de Música (1926 y 1928), sus ideas sirvieron para orientar y fortalecer esta óptica, llegando incluso a formar en unión de Luis Sandi, Gerónimo Baqueiro Foster y Gabriel Moedano la Comisión Técnica de Folklore. Desde 1922, en el Primer Congreso Mexicano de Escritores y Artistas, se había considerado al folklore como la fuente del nacionalismo artístico y una disciplina merecedora de ser estudiada, en vista de los

8. "Mendoza Gutiérrez, Vicente T." AHUNAM Fdo. Expedientes de Personal. MEGV 940127, exp. 112/ 131/4861; Mendoza, 1939: 9-10; Mendoza, 1953: 61-62; Ibarra, 1944: 10-11.

9. La polémica Chávez-Ponce, en: Moreno Rivas, 1986: 49-58; Malmström, 1977: 86-87, 92-93.

beneficios que podría reportar. Folklore, arte e investigación antropológica se concebían como herramientas básicas y útiles en la formación de una conciencia nacional (Moedano, 1976: 272-273; Meirerovich, 1995: 107-120).

Cuando en 1929, Vicente T. Mendoza arriba al Conservatorio Nacional de Música comienza a cambiar un poco de perspectiva, bajo la influencia de Carlos Chávez y Silvestre Revueltas. Ambos compositores no utilizan en su obra melodías o canciones folklóricas, recrean la esencia de lo que se considera es una manifestación de la cultura. Aquí, la investigación folklórica sólo es importante porque de ella se puede destilar la savia que alimente la producción artística y dé substancia a la mexicanidad; no tiene el propósito de educar a las masas apropiándose de sus formas culturales.¹⁰ Quizá producto de esta nueva mirada sea uno de los trabajos pioneros y más sobresalientes para el conocimiento de la música en el México antiguo. Me refiero a la investigación que Vicente T. Mendoza hizo con Daniel Castañeda sobre *El instrumental precortesiano* (1933), caracterizada por su alto rigor técnico en los análisis acústicos y musicales.¹¹ Luego, tras publicar en 1939 su libro *El romance español y el corrido mexicano*, Vicente T. Mendoza empezaría a ser reconocido en Estados Unidos y en el extranjero. Desde que en el verano 1940 fue invitado para impartir dos cursos acerca de la música mexicana y la composición musical en la Universidad de Austin, Texas, sus salidas a Estados Unidos y los países iberoamericanos serían permanentes, así como sus publicaciones en periódicos, revistas y libros.¹²

Independientemente del auténtico interés por la investigación folklórica, el hecho es el movimiento revolucionario de 1910 y la manera como se concibió el conocimiento de la cultura popular tradicional en los años veinte, impidió el desarrollo de los aspectos teóricos y metodológicos en la materia: era más importante la recolección que el análisis. Mientras en otras latitudes habían surgido varias escuelas, en México se carecía de una teoría y un método. Tal vez por eso, cuando en 1938, Ralph Steele Boggs, catedrático de Folklore en la Universidad de Carolina del Norte, vino a llevar a cabo algunas investigaciones en Tlaxcala, la Sociedad Mexicana de Antropología lo invitó a impartir una conferencia y en ella destacaría la importancia de crear una Sociedad Mexicana de Folklore, pues las anteriores organizaciones habían desaparecido. Aunque el establecimiento de ésta fue el primer escalón para la investigación y la enseñanza profesional del folklore, el hecho es que, debido a varios problemas, en 1940 la Sociedad Mexicana de Folklore se transformó en Sociedad Folklórica de México y quedó en manos de Vicente T. Mendoza y su esposa, amigos y discípulos del destacado investigador norteamericano, desde mediados de los años cuarenta (Moedano, 1976: 266-268).

En el ejercicio escolar de 1945 Ralph Steele Boggs, el representante más destacado de la escuela finlandesa de folklore en Estados Unidos, dictó una serie de cursos y seminarios en la ENAH y en la UNAM a los que asistieron varios estudiantes e investigadores, fijándose en ellos “los cimientos de la ciencia folklórica... mediante un trabajo sistemático” (Anaya Monroy, 1958: 111). Tam-

10. Moreno Rivas, 1986, p. 53. Mayer-Serra tilda de indigenismo moderno a la obra de Chávez y de realismo mestizo a la de Revueltas. Mientras el realismo mestizo se inspira en la música popular y el folklore, el indigenismo moderno nos remite al México indio de la época prehispánica. *Apud*. Malmström, 1977: 87.

11. Esta obra le sirvió de base a Carlos Chávez, cuando en 1940, realizó un concierto con instrumentos autóctonos en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y convirtió el evento en una mezcla de música antigua, nueva, popular, folklórica y contemporánea. Moedano, 1976: 296; Malmström, 1977: 103-104.

12. “Mendoza Gutiérrez, Vicente T.” AHUNAM Fdo. Expedientes de Personal. MEGV 940127, exp. 112/ 131/4861.

bién bajo su influencia, en 1946 Vicente T. Mendoza fue invitado al Instituto de Folklore de la Universidad de Indiana, donde además de “dar a conocer el folklore y música mexicanos se perfecciona en la técnica de la investigación folklórica” y obtiene el título que lo acredita como Maestro en Música.¹³ En esa época, la Universidad de Indiana tenía entre sus profesores a Stith Thompson, quien había “llevado a su culminación el método y los trabajos de la escuela finesa”, cuyos orígenes se remontaban al siglo XIX y se proponía la recolección del material folklórico según criterios históricos y geográficos,

utilizando millares de fichas, marcando centros de diseminación y rutas por donde han transitado hace siglos los motivos folklóricos, pues para este método, todo hecho folklórico debe acusar la existencia de pautas históricas, por el tiempo en que vive y que subsiste; geográficas, por los lugares que recorre.¹⁴

La adopción del método histórico-geográfico de la escuela finesa le significó a Vicente T. Mendoza una rigurosa clasificación del material folklórico, según lo que había aprendido con Stith Thompson y en vista del acceso que tuvo a muchas publicaciones periódicas y excepcionales sobre la disciplina.¹⁵ Pero, del mismo modo que Gamio frente a Boas, mientras que la escuela finesa pone de manifiesto la universalidad de los temas folklóricos y se cuestiona, por ejemplo, la relación entre literatura y folklore, entre las formas escritas y las orales y anónimas que la tradición conserva y, en suma, no tiene un sólo sentido sino que fortalece diversos lazos de mutuo entendimiento entre los pueblos, para Vicente T. Mendoza la investigación folklórica tiene, en primera instancia, propósitos más precisos. Así, la enseñanza de la música folklórica es “forjadora de la nacionalidad”; el folklore “puede auxiliar a las demás ciencias en el desarrollo de nuestra nacionalidad”, o bien: el “objeto que persiguen los estudios del Folklore mediante monografías de temas específicos, es llegar a conclusiones válidas que permiten deducir leyes generales de esta ciencia, las cuales pueden aplicarse a diversos fines mediatos y finalmente sirven para el conocimiento y unificación de los pueblos, en nuestro caso (pueblo de mestizos) estas consideraciones pueden ser aprovechadas para la formación de nuestra conciencia nacional”. En segundo término, la investigación folklórica “ayuda a mostrar la hermandad entre los hombres”; “es útil y contribuye al bienestar humano, así como al progreso de la civilización.”¹⁶

La visión científica e integradora del folklore de Mendoza, sin embargo, no se ubica en la perspectiva de Manuel Gamio y los investigadores del folklore como Manuel M. Ponce o Rubén M. Campos.¹⁷ De lo que se trata ahora es de reconocer la especificidad y las particularidades de las culturas étnicas, sin que ello implique su apartamiento sino, por el contrario su integración (Aguirre Beltrán, 1994: 119-120).

13. “Mendoza Gutiérrez, Vicente T.” AHUNAM Fdo. Expedientes de Personal. MEGV 940127, exp. 112/ 131/4861.

14. Mendoza, 1958: 11, 24; Castillo Ferraras, 1958: 83-84. Sobre los principales postulados, criterios y principios del método histórico-geográfico, Cortazar, 1964: 95-104.

15. Acerca de la evolución del folklore como disciplina, Mendoza, 1958: 9-29.

16. Las expresiones entre comillas son de Vicente T. Mendoza, *vid.* Moedano, 1976: 283-284.

17. La política cultural del Estado empezó a ser cuestionada en Pátzcuaro durante el Primer Congreso Indigenista Interamericano (1940), que repudió la “coerción y el positivismo social como fundamento y praxis de la política integrativa” y propuso un nuevo enfoque de la integración centrado en “el consenso y el relativismo cultural”, gracias a la influencia académica de Mauricio Swadesh, Jules Henry y Paul Kirchhoff entre otros. Aguirre Beltrán, 1994: 119-120.

En otros términos, su mirada ya no se centra en el nacionalismo, entendido como ese “amor o apego de los naturales de una nación a ella y a cuanto le pertenece”, sino en el concepto nacionalidad, es decir: en la “condición y carácter peculiar de los pueblos e individuos de una nación, y de cuanto a ella pertenece, lo cual desemboca en una conciencia nacional, pero también en la comprensión de un devenir comunitario. Adquirimos una serenidad de juicio —nos dice—

al descubrir que la cultura tradicional de nuestros indígenas y hombres de campo, lo mismo que la de los demás: mineros, agricultores, ganaderos, comerciantes, etc., etc., es lo más puro, exquisito y quintaesenciado de nuestra nacionalidad. En cada uno de los rasgos folklóricos los vemos retratados, ellos se miran reproducidos en la vida de sus padres y abuelos, haciéndolos amar su propia cultura, su lenguaje, indumentaria, alimentación, sus propias manufacturas, así como sus expresiones verbales: mitos, leyendas, cantos, danzas, juegos, adivinanzas y refranes (Mendoza, 1958: 12-13).

Desde esta perspectiva, la posición de Vicente T. Mendoza es cercana a Alfonso Reyes y contraria a un nacionalismo y a un folklore que, carente de fuerza, no puede contribuir al desarrollo de la nacionalidad. Un nacionalismo y un folklore “rastacueros” y triviales, no serán los que fortifiquen y afiancen a nuestra nacionalidad, dice Anaya Monroy.¹⁸ La “única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo”, apunta Alfonso Reyes, en 1932. Bueno es “hacer saber a quienes lo ignoran, y recordarlo a quienes ya lo saben, que la gran sacudida de la pintura nacional es un fruto de la cultura, de la disciplina, de la erudición de nuestros mejores pintores contemporáneos, quienes comenzaron por absorber y dirigir las enseñanzas universales de la pintura (Reyes, 1981, pp. 71, 76).

Pero fue precisamente esta visión la que no contó con el apoyo del Estado. Entre 1920 y 1940 el ciclo de la invención popular nacionalista había concluido. Los estilos, formas de vida, valores y objetos que hacían referencia a los lugares comunes del mexicano se habían sedimentado (eran identitarios), y la investigación folklórica carecía de la importancia que tuviera en las primeras décadas de la Revolución, cuando se pretendía educar y presentarle al pueblo —“con el atavío del arte” — sus propias creaciones. Entre 1938 y 1964, Vicente T. Mendoza no sólo se mantuvo convencido del papel de la investigación folklórica en el desarrollo de la nacionalidad mexicana, también a través de su obra se dedicó a dejar constancia de su trabajo, gracias sobre todo al apoyo de Manuel Toussaint (1890-1955), quien desde su nombramiento como director del Instituto de Investigaciones Estéticas, en 1939, lo contrató como investigador, patrocinó viajes de exploración a diversas partes del país, le abrió el camino para prepararse y sustentar cátedras en diferentes universidades extranjeras, “logrando de esta manera que México ocupara un lugar entre los países más avanzados que se dedican al estudio de esta materia” (Mendoza, 1957: 48-49). Sin este cobijo Vicente T. Mendoza no hubiese podido rastrear toda su vida la herencia española en el folklore mexicano, como un paso previo para distinguir lo indígena.

Por otra parte, pese al profesionalismo de varios de sus integrantes, la Sociedad Folklórica bajo su dirección no gozó de los favores institucionales para su

18. El nacionalismo y el folklore “rastacueros” está en “discursos ‘patrioterros’, gritos y ‘roncadas’, tequila y borrachera de 15 de septiembre, sarapes de Saltillo, jícaras de Uruapan, charros y chinas poblanas, ‘danzas regionales’ alteradas e inauténticas en fiestas escolares o banquetes de políticos, ‘noches mexicanas’, programas ‘típicos’ de radio y televisión, el ‘Guadalajara de noche’, los ‘Aquí es Jalisco’ y los ‘Temanpas’, con ‘ponche de granada’ y con ‘mariachis’, etc.”. Anaya Monroy, 1958: 117.

fortalecimiento y desarrollo. Desde 1938 hasta su disolución en 1977 no tuvo local propio y su *Anuario*, que se publicó durante 15 años, desde 1942 hasta 1957, si bien contó al principio con el apoyo de la UNAM, en 1944 ésta empieza a reducirlo y sólo la cooperación voluntaria de ciertos individuos y algunas oficinas del medio gubernamental salvaron del naufragio a esta empresa que consiguió publicar 11 volúmenes, el último debido al empeño del Secretario de Hacienda y al Oficial Mayor de la propia dependencia (*Anuario*, 1957: 7). Una vez petrificadas las imágenes del mexicano, era difícil que el Estado se interesara por la investigación sistemática del folklore. Con excepción de su peso en el mundo académico, la tarea de Vicente T. Mendoza y su grupo permaneció casi ignorada por el nacionalismo “rastacueru” y trivial de México.

UNA CONSIDERACIÓN FINAL

Hacer un balance de Vicente T. Mendoza en su relación con el nacionalismo y la investigación folklórica es todavía un reto. Más allá de los lugares comunes, su personalidad y su obra nos muestran numerosas vetas en espera de un detenido estudio. Respetado y querido dentro y fuera de su país por su apasionada entrega a la causa de la investigación folklórica, su relación con el nacionalismo transitó por varios vericuetos, desde las posiciones enarboladas por Manuel M. Ponce a las de quienes se adscribían al relativismo cultural. Pero, por encima de todo, tal vez podría decirse de él, lo que José Luis Martínez, escribió de Manuel Toussaint: Sus copiosos estudios monográficos “tienen la doble excelencia de estar elaborados por un riguroso y analítico investigador, y escritos por un artista que comprendía y amaba los objetos de su estudio” (Díaz de Ovando, 1992: 26). Aunque, a decir verdad, la suya fue desde sus orígenes una causa perdida: el nacionalismo mexicano bregó siempre en su contra.

B I B L I O G R A F Í A

Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Expedientes de Personal

AHUNAM Fdo. Expedientes de Personal. MEGV 940127, exp. 112/ 131/4861.

AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo

1994 *Pensar el quehacer antropológico en México*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

ANAYA MONROY, Fernando

1958 “Folklore y nacionalismo en México”, en *Nuevas aportaciones a la investigación folklórica de México*. México: Sociedad Folklórica de México, Editorial Libros de México, pp. 105-120.

ANAYA MONROY, Fernando

1971 “Dos investigadores ejemplares en el folklore: Vicente T. Mendoza y doña Virginia Rodríguez Rivera”, en *25 Estudios de Folklore. Homenaje a Vicente T. Mendoza y Virginia Rodríguez Rivera*. México: IEE-UNAM, pp. 9-21.

BARAJAS DURÁN, Rafael

2002 “¿Cómo ser mexicano en el XIX?”, en *Espejo Mexicano*. México: CONACULTA, Fundación Miguel Alemán, Fondo de Cultura Económica, pp. 116-177.

BATIS, Humberto

1963 *Índices de El Renacimiento. Semanario literario mexicano (1869)*. Estudio preliminar de... México: Imprenta Universitaria- UNAM.

- BOLLÈME Geneviève
1990 *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo popular*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo
- BOWRA C. M.
1972 *La imaginación romántica*. Versión de José Antonio Balboltín. Madrid: Taurus Ediciones
- BRUSHWOOD, John S.
1973 *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CAMPOS, Rubén M.
1974 *El folklore literario y musical de México*. Alfredo Ramos Espinosa, selección y notas. México: Departamento del Distrito Federal, Secretaría de Obras y Servicios.
- CARREÑO KING, Tania
2000 *El charro: la construcción de un estereotipo nacional, 1920-1940*. México: INEHRM, Federación Mexicana de Charrería A. C.
- CORTAZAR, Augusto Raúl
1964 *Folklore y literatura*. Buenos Aires: EUDEBA.
- FERNÁNDEZ, Justino
1971 "Prólogo", en *25 Estudios de Folklore. Homenaje a Vicente T. Mendoza y Virginia Rodríguez Rivera*. México: IIE-UNAM, pp. 7-8.
- FLORESCANO, Enrique
1987 *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*. México: Editorial Joaquín Mortiz.
_____. 2004 "El nacionalismo cultural, 1920-1934", en *Imágenes de la patria a través de los siglos. Suplemento especial de La Jornada*. México, 26 de agosto, pp. 1-8.
- GELLNER Ernest
1991 *Naciones y nacionalismo*. México: CONACULTA, Alianza Editorial.
- HAYES, Carlton J. H.
1966 *El nacionalismo, una religión*. México: UTEHA.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro
1984 "Música popular de México", en *Estudios Mexicanos*. México: SEP-FCE.
- IBARRA, Alfredo
1944 "Vicente T. Mendoza", en *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*. México: Imprenta Universitaria, 1944, pp. 9-23.
- MACIEL David
1984 "Cultura, ideología y política en México, 1867-1876", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*. Zamora: El Colegio de Michoacán, vol. V, Núm. 19, pp. 95-121.
- MÁRQUEZ CARRILLO, Jesús
2003 *Breve diccionario histórico de México. Ingrávida memoria de los siglos*. Puebla, LunArenA.
- MEIEROVICH, Clara
1995 *Vicente T. Mendoza, artista y primer folclorólogo musical*. México: Coordinación de Humanidades- UNAM.
- MENDOZA, Vicente T.
1953 "Cincuenta años de investigaciones folklóricas en México", en *Aportaciones a la investigación folklórica de México*. México: Imprenta Universitaria- UNAM, pp. 81-111.
_____. 1953 "La investigación folklórico-musical", en *Aportaciones a la investigación folklórica de México*. México: UNAM, pp. 57-69.
_____. 1957 "El papel de don Manuel Toussaint en el Folklore de México", en *Anuario*

de la *Sociedad Folklórica de México*. México: Sociedad Folklórica de México, vol. xi, pp. 39-49.

_____. 1958 "Visión general del folklore", en *Nuevas aportaciones a la investigación folklórica de México*. México: Sociedad Folklórica de México, Editorial Libros de México, pp. 9-29.

MOEDANO NAVARRO, Gabriel

1971 "Bibliografía del profesor Vicente T. Mendoza", en *25 Estudios de Folklore. Homenaje a Vicente T. Mendoza y Virginia Rodríguez Rivera*. México: IIE- UNAM, pp. 23-55.

_____. 1976 "Vicente T. Mendoza y la investigación sistemática del folklore en México", en *La investigación social de campo en México*. México: IIS- UNAM, pp. 258-316.

_____. 1976a *La vida y la obra de Vicente T. Mendoza*. México: Dirección General de Arte Popular- SEP.

MORENO RIVAS, Yolanda

1986 "Aculturación de las formas populares", en *Nacionalismo y arte mexicano*. México: Instituto de Investigaciones Estéticas- UNAM, pp. 28-65

PEÑA, Guillermo de la

1996 "Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana", en *La historia de la antropología en México*. México: UIA, Plaza y Valdés Editores, INI, pp. 41-81.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

1990 "Nacionalismo y estereotipos, 1920-1940", en *El Nacional Dominical*. México, Año I, Núm. 25, 11 de noviembre.

REYES, Alfonso

1981 "Lo mexicano y lo universal", en *Alfonso Reyes. Textos. Una antología general*. México: SEP, UNAM, pp. 70-80.

RODRÍGUEZ GARCÍA Ignacio

1996 "Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología", en *La historia de la antropología en México*. México: UIA, Plaza y Valdés Editores, INI, pp. 83-103.

SARLO, Beatriz (comp.)

1980 *Crítica literaria. Romanticismo y positivismo: Hippolyte Taine, Francesco de Sanctis, Georg Brandes, Ferdinand Brunetière*. Estudio preliminar y selección de...Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

SIERRA ALONSO, María

2000 *La cultura en el siglo XIX*. Madrid: Ediciones Credimar, Colección Historia de la humanidad.

VAUGHAN, Mary Kay

2000 *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*. Traducción de Mónica Utrilla. México: SEP-FCE.

VÁZQUEZ DE KNAUTH, Josefina

1970 *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.